

## PROGRAMA No. 074

# MATEO

Capítulos 9:16 - 10:8

Continuamos hoy, amigo oyente nuestro viaje por el Nuevo Testamento. Proseguimos estudiando el capítulo 9 del evangelio según San Mateo. Y en nuestro programa anterior nos detuvimos cuando estábamos hablando sobre el ayuno. Y decíamos que el ayuno debe ser hecho con el pensamiento y la idea de que nos encontramos ante Dios, porque nos falta Su misericordia y ayuda. Esta es la verdadera ayuda detrás del ayuno. Dijimos también que el Señor explica el cambio de las dispensaciones, es decir, de la ley del Antiguo Testamento a la gracia del Nuevo Testamento. Dijimos que la parábola que sigue en los versículos 16 y 17 del capítulo 9 de San Mateo, revela que Jesús ha venido para presentar algo que es enteramente nuevo. Nada pudo haber sido más fuerte para aclarar que una nueva dispensación estaba en lontananza. Leamos ahora los versículos 16 y 17 de este capítulo 9 de Mateo:

***<sup>16</sup>Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. <sup>17</sup>Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente. (Mat. 9:16-17)***

El Señor está diciendo que el antiguo pacto, la antigua dispensación de la ley, estaba por terminar, y que Él no había venido para proyectarla ni para continuarla. Había venido para proveer un nuevo vestido, la cota de justicia para los que depositan toda su confianza en Él. El odre era la botella de aquel día. Cuando el vino nuevo era echado en un odre viejo, se rompía. Un odre viejo ya había alcanzado el límite de su expansión, y no se abriría más. Si se le echara nuevo vino, naturalmente reventaría, y se perdería el vino. Cristo no vino para ponerle un remiendo a un vestido viejo, sino para presentar un nuevo vestido. El Apóstol Juan lo resumió en su Evangelio cuando dijo en el capítulo 1, versículo 17: *“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”*.

Y llegamos ahora al octavo y al noveno milagro, los cuales están enlazados, por decirlo así. El versículo 18 dice:

***18Mientras él les decía estas cosas, vino un hombre principal y se postró ante él, diciendo: Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá. (Mat. 9:18)***

El evangelista Lucas, nos dice que cuando este hombre principal primero vino a Jesús, era para pedirle que sanara a su hija. En el capítulo 8 del evangelio según San Lucas, versículos 41 y 42, dice: “Entonces vino un varón llamado Jairo, que era principal de la sinagoga, y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa; porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo”. La niña estaba enferma y agonizante, y mientras que su padre esperaba hablar con Jesús, un siervo llegó y le informó que la niña ya había muerto. Notemos el versículo 19 de Mateo, capítulo 9, que dice:

***19Y se levantó Jesús, y le siguió con sus discípulos. (Mat. 9:19)***

Al levantarse Jesús y los discípulos para seguir a Jairo a su casa, una multitud grande los rodeó. Y el versículo 20 nos habla de lo que sucedió a una mujer que se acercó a Jesús:

***20Y he aquí una mujer enferma de flujo de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; (Mat. 9:20)***

Usted no puede menos que fijarse en cuán notable es este pasaje. La niña tenía 12 años, y esta mujer había sufrido con este flujo de sangre por 12 años. Aquí salían 12 años de luz de la vida de la niña, y 12 años de tinieblas llegaban a su fin y la luz llegaba a la vida de esta mujer. Se ve aquí el contraste entre la luz y las tinieblas.

En el versículo siguiente, fíjese usted en lo que hizo la mujer. Jesús no la tocó a ella como tocaba a los enfermos en muchos otros milagros, sino que fue ella quien tocó a Jesús. Sin embargo, no fue por el método que ella usó por el cual recibió su sanidad; fue por medio de su fe.

Los versículos 21 y 22 nos revelan el pensamiento de esta mujer enferma:

*<sup>21</sup>porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su manto, seré salva. <sup>22</sup>Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer fue salva desde aquella hora. (Mat. 9:21-22)*

El doctor Lucas nos da muchos detalles más en cuanto a este milagro, y nos dice que ella tocó a Jesús y que quedó sana. Jesús luego se aparta de esta mujer, y sigue hacia la casa de Jairo. En los versículos 23 y 24 vemos a Jesús entrando a la casa de Jairo; leamos:

*<sup>23</sup>Al entrar Jesús en la casa del principal, viendo a los que tocaban flautas, y la gente que hacía alboroto, <sup>24</sup>les dijo: Apartaos, porque la niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él. (Mat. 9:23-24)*

Cuando llegó Jesús a la casa de Jairo, ya estaban llorando por la niña. Jesús les dijo que la niña simplemente dormía y que no estaba muerta; y todos, entonces, se burlaron de Él. Nadie en la casa creía que Jesús podía levantar a los muertos, pero Él continuaba acercándose a la niña. Y el versículo 25 nos dice:

*<sup>25</sup>Pero cuando la gente había sido echada fuera, entró, y tomó de la mano a la niña, y ella se levantó. (Mat. 9:25)*

Este es el primer caso que tenemos relatado en los Evangelios de levantar a un muerto. Este es uno de tres incidentes notables en que muertos son levantados, y es mencionado por Marcos y Lucas también. De nuevo, es Lucas quien entra en los detalles. Lucas añade que Jesús habló a la niña de esta manera tan amable: “Mi pequeña ovejita, despiértate, te digo”. Esta es una traducción libre, por supuesto; el método de Jesús en levantar a los muertos siempre fue el mismo.

Después de sanar a la mujer con el flujo de sangre, y de levantar de los muertos a la hija de Jairo, vemos que Jesús llegó a ser muy famoso, pues el versículo 26 nos dice:

*<sup>26</sup>Y se difundió la fama de esto por toda aquella tierra. (Mat. 9:26)*

Y ahora tenemos el décimo milagro que tiene que ver con dos ciegos que siguieron a Jesús y clamaban por la restauración de su vista; leamos el versículo 27:

***<sup>27</sup>Pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David! (Mat. 9:27)***

Note usted que los dos ciegos se dirigieron a Jesús como “Hijo de David”. Eso tiene un significado particular en este Evangelio ya que aquí Jesús es presentado como el Rey. Los versículos 28 al 30 relatan la forma cómo los dos ciegos fueron sanados por Jesús; leamos estos versículos del capítulo 9 de Mateo:

***<sup>28</sup>Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. <sup>29</sup>Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. <sup>30</sup>Y los ojos de ellos fueron abiertos. Y Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. (Mat. 9:28-30)***

Este es otro caso extraordinario cuando el Señor exhorta a estos hombres que no digan nada a nadie en cuanto a lo que les pasó. ¿Recuerda usted que lo mismo le dijo al leproso? Hay varias razones por las cuales el Señor pidió esto, pero una se aclara en este pasaje. La publicación de Sus milagros causó que las multitudes le apretaran, y estorbaran Su obra. Leamos el versículo 31:

***<sup>31</sup>Pero salidos ellos, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra. (Mat. 9:31)***

Estos dos ciegos llamaron a Jesús “Señor”, pero no le obedecieron. Parece que no pudieron contenerse, e informaron a otros del milagro que Jesús había hecho en sus vidas.

Y ahora llegamos al undécimo milagro de Jesús. Otro hombre poseído por el demonio es sanado. Este es el tercer incidente contado en los capítulos 8 y 9 de Mateo de posesión demoníaca. Los versículos 32 al 34 nos dicen:

*<sup>32</sup>Mientras salían ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado. <sup>33</sup>Y echado fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravillaba, y decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel. <sup>34</sup>Pero los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios. (Mat. 9:32-34)*

Es interesante notar que los fariseos rompen aquí abiertamente con Jesús, y desde aquí en adelante, se constituyen en sus enemigos encarnizados. Ahora, el versículo 35 nos dice:

*<sup>35</sup>Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. (Mat. 9:35)*

Una vez más, el evangelista Mateo enfatiza aquí que son miles y miles los que probablemente fueron sanados.

Muchas personas se entusiasman hoy en cuanto al hecho de que hay ciertos hombres que aparentemente tienen el don de sanidad. El Dr. J. Vernon McGee, autor de estos estudios bíblicos, decía que en California él había ofrecido cien dólares a cualquier persona que pasara adelante y demostrara que había sido sanada por uno de estos sanadores. Uno pensaría que entre literalmente miles de supuestas sanidades que se han realizado durante aquellas reuniones sensacionales de sanidad, que quizá habría un caso que fuera genuino. Pero, decía el Dr. McGee que aunque esperó que quizá alguien llegara diciendo que había tenido una curación psicológica, nadie se presentó.

Amigo oyente, el Señor Jesús es el gran Médico. Y creemos que Él sí puede sanar. Tenemos muchísima confianza en Él, pero no tenemos tanta confianza en ningún otro hombre. Cualquier médico consciente de su profesión reconocerá que se encuentra limitado en su habilidad. Pero el Señor Jesús no está limitado. Él es el gran Médico. Por eso le exhortamos a que lleve su caso ante Él. Él nunca le enviará una cuenta y recibirá todo el encomio cuando sea sanado. Queremos que Él tenga la honra y la gloria. Ahora, los versículos 36 al 38 de este capítulo 9 del evangelio según San Mateo, nos dicen:

*<sup>36</sup>Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. <sup>37</sup>Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. <sup>38</sup>Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies. (Mat. 9:36-38)*

¡La nota de compasión que concluye este capítulo y sección es pasmosa! Los reyes y príncipes ideales de Dios han sido pastores. Tanto Moisés como David fueron pastores antes que encabezaran al pueblo de Dios. Amigo oyente, cuando usted ore pidiéndole al Señor que envíe obreros a Su mies, ore que Dios envíe aquella persona que tenga un corazón de pastor. Ore que el Señor le dé a usted un corazón lleno de compasión por los perdidos.

Habiendo hablado con los discípulos, el Señor los envía. Siempre es una buena idea orar en cuanto a alguna cosa que esté dispuesto a hacer. Cuando el Señor les pidió que oraran al Señor que enviara obreros a Su mies, ¿a quiénes envió el Señor? El Señor envió a los mismos hombres que estaban orando. Un obispo mayor de una iglesia metodista en el estado de Georgia en los Estados Unidos dijo hace algunos años: “Cuando un hombre ora por una cosecha de maíz, el Señor espera que diga un “amén” con un azadón en la mano”. Siempre hemos creído que no debemos orar en cuanto a alguna cosa a menos que nosotros mismos estemos dispuestos a hacerla.

Y en esta forma, concluimos nuestro estudio del capítulo 9 del evangelio según San Mateo. Ahora, en el capítulo 10, Jesús después de haber enunciado Sus principios éticos y comprobado Su poder sobrenatural, comisiona entonces a los doce Apóstoles para ir a través de la nación de Israel y predicar el evangelio del Reino.

Hemos dicho anteriormente que San Mateo se mueve en diversas direcciones mientras enfoca su atención sobre la vida de nuestro Señor Jesucristo. Aquí vemos que el capítulo 10 marca otro movimiento definitivo. El escritor, habiendo concluido el relato de los milagros, que son las credenciales del Rey de reyes, ahora describe la comisión de Sus apóstoles para el ministerio de anunciar la presencia del Rey. No son “precursores”, sino mas bien “pos-cursores”. Asimismo a ellos les son dadas las credenciales por las cuales pueden hacer milagros. Es muy interesante que

en la Biblia no se menciona ningún milagro de Juan el Bautista. Es importante también notar que aquí el título es cambiado de discípulos a Apóstoles, en los versículos 1 y 2.

Y es interesante también notar el número de sectas falsas que se apoyan en este capítulo para obtener su autoridad para algún ministerio o conducta peculiar. Las instrucciones para el cristiano no se hallan en este capítulo. El cristiano debe considerar la instrucción a la luz de las circunstancias y condiciones bajo las cuales fueron dadas. Ciertamente casi no hay ninguna Escritura que requiera que se examine más su contexto, para una interpretación debida que este pasaje. El versículo primero de Mateo capítulo 10, dice:

***<sup>1</sup>Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. (Mat. 10:1)***

Un discípulo es un aprendiz, un estudiante. Jesús los gradúa, dándoles el poder de echar fuera los demonios y de sanar enfermedades. Estos milagros serían sus credenciales mientras iban a la nación de Israel. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron que estos milagros serían sus credenciales. Así que después que el Señor les dio a los discípulos este poder, declaró que ya no eran más discípulos, sino Apóstoles. Ahora, los versículos 2 al 4 nos dan los nombres de los Apóstoles:

***<sup>2</sup>Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; <sup>3</sup>Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, <sup>4</sup>Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó. (Mat. 10:2-4)***

Un apóstol es alguien que es enviado. Este vocablo llegó a ser un término que se aplicó sólo en cuanto a los doce durante el ministerio de Jesús. Leamos ahora los versículos 5 y 6:

***<sup>5</sup>A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, <sup>6</sup>sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel. (Mat. 10:5-6)***

Es obvio que este capítulo, y especialmente estos versículos, no contienen nuestra comisión. Nos limitaría a la nación de Israel y a la geografía de Palestina. Contrastan esas instrucciones con la llamada “Gran Comisión” que encontramos en el capítulo 28 de este mismo evangelio de Mateo, versículo 19, donde dice: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Y en Hechos 1:8, leemos: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.”

Si usted, amigo oyente, halla sus instrucciones para su ministerio en el capítulo 10 del evangelio según San Mateo, tendrá entonces que limitar su ministerio a la nación de Israel. En los Hechos de los Apóstoles, capítulo 1 y versículo 8, nuestra comisión empieza en Jerusalén; luego se extiende a toda Judea, e incluye a Samaria, que era territorio prohibido según las instrucciones de Mateo 10, y hasta lo último de la tierra.

Los apóstoles debían ir a las ovejas perdidas de la casa de Israel y predicar que el reino de los cielos se había acercado. Así lo encontramos en el versículo 7 de este capítulo 10 de Mateo. ¿Cómo se había acercado el reino de los cielos? Se había acercado en la persona del Rey que estaba en medio de ellos. Este era el mensaje de Juan el Bautista con respecto a Jesús en aquel tiempo. Hoy día muchos son los que hablan de “construir un reino” aquí, pero no sucede así, pues el reino viene del Rey que está en nuestro medio, en la vida misma de los que creemos en Él. Su reino no viene como resultado de obras externas, sino de la transformación interna del individuo. El reino de Cristo comienza en nuestro propio interior. Jesús luego dice a Sus Apóstoles en el versículo 8:

***<sup>8</sup>Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. (Mat. 10:8)***



Insistimos en que si usted va a hacer uno de los milagros mencionados en este versículo, debe tener el poder para hacer todas las cuatro cosas. Esto fue aplicable al tiempo y las circunstancias bajo las cuales fue dado. Fíjese que dice: “*resucitar muertos*”. Cuando los llamados sanadores hagan esto, pues, entonces les creeremos.

Bien, amigo oyente, nuestro tiempo se ha ido, así es que tenemos que detenernos aquí. Pero continuaremos la consideración de este capítulo, en nuestro próximo programa. Hasta entonces, ¡que Dios le bendiga es nuestra ferviente oración!